Juan José Morosoli

El Burro

textos.info
biblioteca digital abierta

El Burro

Juan José Morosoli

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 8540

Título: El Burro
Autor: Juan José Morosoli
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 15 de marzo de 2025
Fecha de modificación: 15 de marzo de 2025

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

El Burro

Umpiérrez se levantaba, empezaba el mate, encendía el fuego y ponía un churrasquito en las brasas. Después desayunaba y se iba al horno de ladrillos donde trabajaba. Al mediodía se apartaba del grupo de "cortadores" que hacían fuego común, encendía su propio fuego, tomaba mate, ponía un churrasquito y almorzaba. De tarde, al regresar del horno, pasaba por el matadero, levantaba unas achuras, las asaba, tomaba mate y cenaba. Luego se sentaba frente a la noche, fumando. Por el camino ciego que moría en el horno, no pasaba nadie. A sus espaldas las tunas y cina-cinas, borroneaban la noche. Después se iba a dormir.

Al otro día hacía lo mismo ... al otro día igual. La única excepción era el domingo, porque ese día no trabajaba y hacía comida de olla: puchero o guiso.

* * *

Una vez Anchordoqui le preguntó:

—¿Pero vos no vas nunca al boliche?

—¿Pa qué?

—A jugar un truco ... A tomar una caña...

—¿Para salir peliando después?

—¿Y las mujeres no te gustan?

—¿Pa qué? ¿Para llenarte de hijos?

Anchordoqui seguía preguntando. Esperaba dejarlo sin respuesta.

—¿Y perro no tenés?

—¿Pa qué?

—¿Cómo pa qué? —dijo Anchordoqui malhumorado—. ¿Pa qué?... ¡Para tenerlos nomás, para lo que se tienen los perros!

—Para tenerlos nomás, mejor no tenerlos...

—Pero alguna diversión tenés que tener —dijo Anchordoqui en retirada.

—¿Querés mejor diversión que vivir como yo vivo?

Esta vez fue Anchordoqui el que no contestó.

* * *

Con los vecinos se llevaba bien. A Nemesia la lavandera, vecina de metros más allá, la veía cuando se levantaba. Ella le daba los buenos días, arrimaba el carrito de manos, en el que llevaba las bolsas de ropa al arroyo y al fin las cargaba. Alguna vez Umpiérrez le ayudaba a levantar las bolsas.

Con Vera —el guardiacivil lindero del otro lado—, se veían a boca de noche, cuando regresaba de "el servicio", y solían cambiar algunas palabras. Una vez que éste estuvo enfermo fue a acompañarlo. Llevó la pava y el mate y se sentó al lado de la cama, le preguntó si quería que le hiciera algo y luego se puso a tomar mate callado.

Al rato Vera le dijo:

—Yo no le hablo porque tengo la garganta mal...

—Quédese callao nomás —le respondió él—, yo no vine a hablar. Vine a acompañarle.

Así estuvo hasta que Vera se durmió.

—El hombre está dormido —se dijo. Levantó la pava, puso el mate en un bolsillo y se fue.

* * *

Un día partió hacia la estancia de Ramírez. Iba a hacerle cuatro "quemas" de ladrillos "por un tanto" con techo y comida.

Al terminar le dijo a Ramírez:

—El trabajo está... Si no precisa algo más...

Ramírez le contestó que no. Le dijo —además— que estaba muy contento con él y con el trabajo que había hecho.

—Le voy a regalar una manta de charque, medio capón y una bolsa de boniatos.

—La cuestión es llevarlo —comentó él.

—Cargue en el burro y cuando llegue a su rancho lo echa al camino...

—¿Y cabrestiará? —preguntó Umpiérrez.

—Pruebe...

Era un burro sin dueño y cansado de caminos, que había llegado allí un día que encontró la portera abierta. Era de pelo gris, con basteras que empezaban a pelechar, de orejas quebradas que le caían sobre las quijadas.

Él ensilló su caballo, cargó el burro y partió. El burro emparejó el trotecito del caballo sin dificultad. Cabrestiaba que daba gusto. Había marchado como una hora olvidado del burro, cuando se le ocurrió mirar para atrás. El cabestro se había desprendido de la asidera, pero el burro seguía la marcha como si nada hubiera ocurrido.

—¡Mirá! —dijo Umpiérrez.

Desmontó, sacudió la clinera del burro con simpatía, ató otra vez el tiro y siguió camino adelante.

* * *

Llegó, desensilló y luego de refrescar el caballo lo soltó allí nomás en el potrero lindero al horno. Luego consideró que el burro tendría sed. Sacó la lata de lavarse los pies, la llenó de agua y esperó.

—Sin duda el burro después de beber —pensó—, tomará el camino. Hambre tiene que tener...

Pero no. El burro bebió y luego se paró frente a él, mirándole con curiosidad llena de ternura.

—¿Pero ha visto? —dijo Umpiérrez, hablando para sí mismo a media voz. Y tras un silencio:

—Umpiérrez traele un poco de chala... Te trajo el charque y el capón y los boniatos.

Y cuando él se aconsejaba, siempre aceptaba los consejos.

Por eso fue a buscar un brazado de chala.

* * *

Al otro día cuando volvió del trabajo, encontró a López —un español riquísimo dueño de medio pueblo—, parado frente al burro.

—¡Qué lindo animal! —le dijo y agregó:— Cuando yo era niño y cuidaba ovejas en la montaña, tenía uno igual...

Umpiérrez pensó que López se estaba riendo de él y del burro. Pero no, porque López siguió así:

—Mañana traigo a mis nietos a verlo y te mandaré un saco de maíz y otro de afrecho.

Umpiérrez quedó cavilando. Halló que la actitud del burro con él, y la de López con el burro eran una cosa rara. Y aquella generosidad, conociendo a López, más.

* * *

Él iba al horno. Venía. Se iba otra vez. El burro lo veía partir, de pecho al camino, como hace un perro cuando se va el amo. Al atardecer, cuando Umpiérrez volvía, el burro estaba allí, esperándole.

* * *

Aquella tarde estaban López y Nemesia frente al rancho.

—¿Qué pasa? —preguntó Umpiérrez.

—Pasa que los muchachos casi matan el burro a pedradas. Si Nemesia no llega a tiempo... Mañana hacemos el alambrado y un galpón de cajones...

* * *

Era un galpón abrigado, de piso seco, con olor a pasto. Cuando llovía, Nemesia iba allí a lavar y a secar la ropa. Umpiérrez cebaba mate para los dos. Un día ella se comidió para hacer la comida, y él aceptó.

* * *

Anchordoqui terminó el comentario:

—No quería bichos ni mujer, pero el asunto es que los tres se la pasan mejor que yo...

Juan José Morosoli

Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables,

forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.4? Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.